

—No señor, servia yo á mi bienhechora.
Don Pedro y Don Alonso se miraron entre sí.

—Luisa—dijo Teodoro—podeis retiraros si os parece mejor.

—Señor Don Pedro—esclamó Luisa—mañana enviaré á pediros por escrito vuestra resolucion acerca de nuestro enlace, y vos me dareis por escrito la que os pareciere mejor—y salió seguida de los que le acompañaban.

El lacayo preso en la silla de manos, dejó su lugar á la dama, y no se atrevió ni á reclamar su librea.

Cuando la comitiva llegó á la casa de la Sarmiento, habia una persona de mas. Era Teodoro que habia seguido á Luisa hasta las habitaciones de la bruja.

XII.

De lo que Luisa y Teodoro trataron y de lo que éste hizo despues.

La comitiva se detuvo en la puerta de la casa de la bruja. El Ahuizote pagó algo á los que le habian acompañado, y se retiraron llevándose la silla. Luisa y el Ahuizote entraron seguidos de Teodoro, á quien no habian visto hasta aquel momento, porque los habia seguido cautelosamente.

El Ahuizote le miró con estrañeza, pero Luisa le reconoció al punto.

—¿Por qué me seguís, qué pretendéis de mí?—le preguntó.

—Quiero hablar con vos á solas—dijo Teodoro.

—Entrad.

La Sarmiento que esperaba, se retiró al interior de la casa con el Ahuizote para dejar en completa libertad á Luisa y á Teodoro.

—Ya estamos solos—dijo ella—¿qué quereis?

—Quiero que me digais, cuanto habeis alcanzado á saber acerca de la muerte de Don Fernando de Quesada.

—Os lo diré.

—¿Quién le mató?

—El Bachiller Martin de Villavicencio Salazar.

ALFONSO SALAZAR

—¡El Bachiller! ¡su amigo, su protegido!—esclamó Teodoro espantado—¡imposible! Martin hubiera dado su vida por el Oidor.

—Así es en efecto; pero ese Bachiller ha muerto á Don Fernando, ciego por los celos, y sin conocerle; habia sido una escena preparada para que diese este resultado.

—¿Podeis referirme todo eso?

—Sí, que puedo, oid.

Y Luisa contó á Teodoro cuanto sabia, y cuanto habia inferido de la muerte del Oidor, por las relaciones de la Sarmiento y del Ahuizote.

El negro la escuchó con profunda atencion hasta que concluyó de hablar.

—¿Conque es decir—preguntó entonces—que vos no creéis que fué culpable ese Bachiller?

—De ninguna manera.

—¿Y vos le conoceis?

—Ayer le he visto aquí, que aquí está oculto, huyendo de la justicia.

—¿Podríais conseguir que hablase conmigo?

—Fácil será, si quereis bajar al subterráneo en donde está oculto.

—Bajaré si me conducís.

—Entonces esperadme.

Luisa dejó un momento solo á Teodoro, habló con la Sarmiento y volvió trayendo la bruja un candil encendido.

—Seguid á esta señora, y os guiará hasta donde podais hablar con el Bachiller.

—¿Es la señora Sarmiento?

—La misma—contestó la bruja.

—Por muchos años—dijo Teodoro, mirándola como si quisiera grabar profundamente en su memoria aquella fisonomía.

Bajaron por el caracol que conocemos, y la vieja se dirigió á la puerta de la bóveda en que estaba Martin.

—Señor Bachiller, señor Bachiller.

—¿Qué se ofrece—dijo desde adentro Martin.

—Levántese su merced y mire que aquí le traigo una visita, que mucho empeño ha tenido de verle.

Martin se levantó apresurado, y al mirar al negro favorito de Doña Beatriz casi dió un grito.

Teodoro quedó en silencio hasta que la Sarmiento se retiró.

—Teodoro—dijo Martin—¿venis á echarme en cara mi conducta? ¿A matarme, acaso, de orden de vuestra ama?

—No, señor Bachiller, no; yo no tengo ya ama: desde que Doña Beatriz ha tomado el velo, no seria capaz de pretender una venganza: vengo á veros, á consolaros, á sacaros de este sepulcro, en donde estais ya casi desconocido.

Y era verdad: Martin no era ya el jóven rubicundo, ni el garboso Bachiller de otros tiempos: la oscuridad, el aire húmedo y mal sano del subterráneo, y sus padecimientos morales, le habian cambiado enteramente.

No habia envejecido, pero estaba pálido, su cabello y su barba habian crecido en desórden, y sus ropas estaban hechas pedazos; el pobre de Martin daba lástima.

A la Sarmiento no le convenia que saliese aún por desvanecer las últimas sospechas, y Martin se secaba en aquelantro de tristeza, de fastidio, de falta de aire, de luz, de libertad.

—Quiero sacaros de aquí—continuó Teodoro—llevaros conmigo para que me ayudeis á perseguir y á castigar á los asesinos de Don Fernando.

—Pero Teodoro, si el asesino soy yo, yo el culpable.

—Vos no, Don Martin, vos no habeis sido, sino el instrumento ciego é inocente de esa maldad: hay una trama infernal que yo revelaré, porque yo lo sé todo.

—No, mirad, ¿tiene llave la entrada del subterráneo?

—Sí, y muy fuerte.

—¿Y tiene otra salida?

—No.

—Pues en primer lugar cerrad la boca del subterráneo.

La Sarmiento cerró con llave la entrada.

—Ya está dijo.

—Bien, ahora como les falta aire y que comer, ellos acabarán sin que tengamos porque apurarnos.

—Pero eso será cosa de tres ó cuatro días, y en ese tiempo necesito yo entrar ahí.

—Podemos precipitar el lance, si gustais.

—¿Cómo?

—¿Hay alguna ventana ó claraboya, que dé para esos subterráneos?

—Sí, hay una, pero muy pequeña.

—No importa, enseñádmela.

La bruja llevó á Luisa á la recámara, y debajo de la cama en que ella dormía levantó una pequeña losa que descubrió un agujero que comunicaba con el subterráneo.

—¿Teneis unas pajuelas de azufre?

—Sí.

—Traedme cuantas tengais.

La Sarmiento trajo dos ó tres gruesos paquetes de pajuelas de azufre.

Luisa comenzó á dividirlos en azecillos, y luego encendiéndolos en el candil los fué arrojando unos en pos de otros por el agujero, hasta que cayó el último y tapó con la losa: todos ardieron y formaban en el fondo un montoncillo que producía nubes espesísimas de humo.

—¡Ah! entiendo—dijo la Sarmiento—como hacemos con

las casas enratonadas. ¿Pero mis animales que también están allá abajo?

—Esos ya se murieron—contestó sonriéndose Luisa—pero al fin que dinero sobraré después para todo, y que más vale que mueran esas zalandijas que no que vayamos á dar nosotros al Santo Oficio.

En ese momento se escucharon los golpes que daba Martín en la entrada del subterráneo.

—A otra puerta señores—dijo Luisa riéndose—lo que es por esa no saldreis ni con los pies por delante, porque yo supongo, señora Sarmiento, que les daremos honrosa sepultura en las mismas bóvedas.

—Por supuesto.

—Entonces pueden morir en paz.....

El Bachiller se sentía espirar.

—Estamos perdidos—dijo á Teodoro.

—Veremos—contestó el negro, y pasando delante de Martín comenzó á examinar la trampa.

El humo hacía llorar.

Teodoro examinó la fortaleza de la cerradura, y luego con mucha calma bajó al subterráneo y tomó una viga que allí había y volvió á subir con ella.

Luisa y la Sarmiento no habían contado con la fuerza titánica de Teodoro.

El negro tomó con sus dos manos la vigueta, y balanceándola dos veces para darle impulso, la levantó violentamente para abrir la puerta que estaba sobre su cabeza: á los tres golpes la puerta saltó hecha pedazos, y Martín y Teodoro salieron del subterráneo.

Las dos mugeres los veían espantadas desde un rincón.

Sin decirles nada, sin inclinarles siquiera la cabeza, Teodoro y Martín atravesaron delante de ellas, y salieron á la calle.

XIII.

De como Luisa fué la muger de Don Pedro de Mejía, y de lo que Doña Blanca determinó hacer por esta causa.

EL lacayo de Luisa, es decir, el Ahuizote, acudió á buscar la respuesta que debia de dar Don Pedro de Mejía, y recibió un pliego que le llevó inmediatamente.

Luisa abrió la carta y la leyó.

—Estaba yo segura de esto—dijo con desden, y dobló la carta, que nosotros leeremos tambien, y que así decia:

«Luisa, en esta vida de acechanzas no es posible que vivamos, ni vos ni yo: hélo pensado bien: hoy mismo correré todas las diligencias y en la semana que entra serás mi esposa. «No mas desconfianza. Vuestro hasta la muerte:

«PEDRO DE MEJIA.»

¿Qué había obligado á Don Pedro á tomar esta resolucion? Es muy fácil inferirlo. Comprendió que Luisa tenia armas poderosísimas para causar un escándalo y entre ellas era la principal, la promesa de matrimonio estendida á los tres dias de la muerte repentina casi de Don Manuel de la Sosa. El mundo que tantos comentarios habia hecho de aquella muerte, no de-

jaria caritativamente de atribuir la á Don Pedro, sabiendo lo de la promesa, como ya le atribuian tambien la de Don Fernando de Quesada.

Una vez casado con Luisa, aquella arma desaparecería, y aunque aquel matrimonio era una especie de desafio á muerte entre los dos, sin embargo estaban ya ambos de tal manera empeñados en aquella lucha, que no podian cejar ni retroceder.

Don Pedro habia conferenciado largamente con Don Alonso sobre lo que mejor se podria hacer, y Don Alonso apoyó la idea de la boda.

Allí tambien habia en juego otro interes. Don Alonso no desistia de su proyecto de enlazarse con Doña Blanca, y de hacer desaparecer á Mejía para que ella y él, como su marido, quedasen enteramente dueños de la inmensa fortuna de los Mejías.

El matrimonio de Luisa venia en auxilio de su empresa.

Luisa, por la misma razon que Don Alonso deseaba deshacerse de Don Pedro, desearia deshacerse ella de Doña Blanca, y ésta perseguida y hostigada por la muger de su hermano, buscaria un amparo, y entonces era la sazón de ofrecerla su mano.

Luego Luisa tendria por matrimonio un combate eterno con Don Pedro, y si Don Alonso la ayudaba algo, la pérdida de Mejía era indudable.

En los intereses de Don Alonso estaba pues, facilitar la boda de Don Pedro con Luisa, y hacer comprender á aquel que despues del matrimonio, seria muy fácil pretestar un viaje á cualquiera parte, y en ese viaje la muerte podria sorprender á la confiada esposa.

Convenido, pues, todo, no tardó en verificarse el matrimonio, que si no fué secreto, sí se cuidó de que se hiciera lo menos público que fuera posible.

Desde el día que Luisa recibió la carta que contenía el consentimiento de Don Pedro para la boda, dejó la casa de la Sarmiento y volvió á ocupar su antigua habitacion, en la que habia muerto Don Manuel de la Sosa; avisó á sus amistades que estaba ya de vuelta, y les contó que habia pasado en el campo todo el tiempo de su ausencia, y á donde se habia retirado, para poder, sin testigos, dar rienda suelta á su dolor.

Lo acontecido con Don Carlos de Arellano era tan secreto, que si ella ó él no lo descubrian, nadie mas podia hacerlo, y era seguro que ninguno de los dos cometeria esta indiscrecion.

Era ya la víspera del día en que Don Pedro debia tomar estado, y á pesar de que Doña Blanca permanecía encerrada, creyó necesario darle noticia del casamiento por instigaciones de Don Alonso, y para evitarse una escena desagradable, el mismo Don Alonso se comprometió á llevar la noticia á Doña Blanca.

La jóven bordaba una palia, sentada enfrente de una alta ventana que daba á los patios interiores; estaba pálida y consumida, sus ojos indicaban que continuamente lloraba.

Oyó el ruido de la puerta, volvió la vista y reconoció á Don Alonso.

—Doña Blanca—dijo él—¿si me dais vuestro permiso?

—Pasad, Sr. Don Alonso, que sereis bien recibido.

—Gracias, y perdonadme que á interrumpiros me atreva en vuestras ocupaciones.

—No tengo que perdonaros, que muy al contrario, la presencia de alguna persona en este aposento me es muy grata: siempre estoy tan solitaria.

—En efecto, Doña Blanca, vuestra vida debe ser muy triste, que jamás poneis un pié en la calle, ni os visita persona alguna; no comprendo cómo Don Pedro puede llegar con vos á tanto rigor.

—Oh, no creais que mi hermano sea el que me tiene en esta reclusion; no, por el contrario, él siempre procurando que yo salga, que visite, que me distraiga.

Doña Blanca mentia por salvar la reputacion de Don Pedro, pero sentia que su garganta se anudaba y que el llanto iba quizá á venderla.

—No, Doña Blanca, no me engañeis, yo estoy en los secretos de vuestra familia, y sé cuán desgraciada sois, y cuán digna de mejor suerte.

Blanca se puso á llorar.

—Vuestra situacion es ahora muy triste, pero la verdad es que me temo mucho que en lo de adelante se ponga peor.

—Peor, ¿y por qué?

—Porque Don Pedro vá á casarse, y me encarga que os lo anuncie.

—¡Vá á casarse! ¿y con quién?

—Con una muger cualquiera, con una mulata, con una aventurera, sin reputacion y sin ninguna clase de virtudes, hermosa y pecadora como una Magdalena antes de arrepentirse.

—¡Jesus! ¿pero cómo mi hermano?.....

—Eso seria muy largo de contaros, pero lo que sí os diré que la entrada de esa dama en esta casa, será la señal de una nueva vida de disipacion y de escándalos, que os vereis obligada á seguir, ó que sereis la víctima de la esposa de Don Pedro.

—¡Ave María Purísima! ¿tan mala es esa señora?

—Tan mala, que su primer marido ha muerto envenenado por su mano, y que durante la vida de ese desgraciado, ella mantenía ilícitas relaciones públicamente con varios caballeros de esta ciudad.

—¿Pero mi hermano ignorará todo esto?

—Lo sabe, Doña Blanca, lo sabe todo, y á pesar de esto,

ni él mismo es capaz de impedir que este enlace se lleve á efecto.

—Sea por el amor de Dios.

—Pero vos, Doña Blanca, ¿cómo vais á vivir así, en medio de este infierno?

—¿Y qué quereis que yo haga?

—¿Cómo? separaros de aquí.

—¿Pero á dónde y cómo me iré?

—Casaos.

Doña Blanca se sonrió tristemente.

—Sois hermosa, noble, discreta—continuó Don Alonso con exaltacion creciente—sois rica, no puede faltaros un hombre que os ame, que se interese por vuestra suerte, que sea digno de vos, que os haga tan feliz como mereceis.....

—Don Alonso, yo no puedo ya ser feliz sobre la tierra.

—¿Por qué no? Señora, pensad en el matrimonio.

—Pensaré, os lo prometo; pero hacedme la gracia de decir á mi hermano D. Pedro, que deseo hablar á solas con él.

—Por Dios, que no vayais á decirle nada de cuanto os tengo dicho.

—No temais, haced cuenta, Don Alonso, que lo habeis dicho en un sepulcro.

—Entonces diré á Don Pedro vuestro empeño, y tendré la dicha de volver á veros: pensad en lo que os dije.

Don Alonso salió, y Blanca fué á arrodillarse en su reclinatorio, delante de una imagen de la Virgen.

Don Pedro no pudo ver á su hermana hasta en la noche. Doña Blanca, como siempre, le recibió temblando.

—Habeisme mandado llamar, Doña Blanca—dijo D. Pedro.

—Quería hablaros: esta vida que llevo no me es posible soportarla ya por mas tiempo, y tanto mas, ahora que sé que vais á casaros.

—Ya os he dicho, Doña Blanca, que está en vuestras manos el salir de esa situacion tan pronto como querais, y todo depende de que os resolvais á tomar el hábito é ir á hacerle compañía á vuestra madrina Doña Beatriz de Rivera, hoy Sor Beatriz de Santiago, al nuevo convento de carmelitas descalzas.

—Pero Don Pedro, si yo no me siento con vocacion para profesar.

—Eh, boberas y tonterías, vuestra madrina se sentia menos abocada á la vida religiosa, puesto que se iba á casar, y que todas las desgracias acontecieron segun cuenta el vulgo, porque además del Oidor su novio, tenia un querido á quien visitaba ella á media noche.

—¡Don Pedro!—dijo indignada Doña Blanca—no toqueis la honra de mi madrina que es una santa.

—Será, y en buen lugar está hoy para irse al cielo, pero veis cómo sin tener vocacion de monja, sino mas de casada, ha tomado el velo.

—Pero no me siento con valor.....

—Desengañaos: por última vez, si no os decidís á tomar el velo, no saldreis de aquí sino muerta, y no habrá poder humano que os saque de mis manos ni os lisonjeis con los amores del Don Cesar de Villaclara que ha pasado ya aguas de mar, que está en Manila, y que hasta dentro de ocho años no vendrá, para cuyo tiempo estareis vos ó muerta ó en el claustro; con que supuesto que no hay esperanzas, decidios y entrad al noviciado con vuestra madrina.

Doña Blanca quedó pensativa: Don Pedro la contemplaba en silencio.

—Está bien—dijo la jóven de repente—mañana mismo entraré de novicia al convento de Santa Teresa.

—¿Mañana mismo?

—Sí, mañana, disponedlo todo, vos lo quereis, vos me obligais, se hará: pero Dios os tomará estrecha cuenta si mi alma se pierde por culpa vuestra.

Don Pedro se puso á reir.

—No tengais cuidado, Doña Blanca, que nada se perderá, ni menos vuestra alma, entrad al convento, que allí cuando mas tendreis el riesgo de las tentaciones que con agua bendita os serán quitadas, que tan seguro estoy de que allí no se perderá vuestra alma, que dispuesto estoy á responder de ella á Dios.

—Bien, mañana mismo seré novicia.

—Cuánto me alegro, y os felicito por ello.

Don Pedro salió radiante de gozo, y Doña Blanca se puso á gemir.

Don Alonso de Rivera al ver á Don Pedro tan contento tuvo miedo; aquella alegría era de mal agüero para Blanca, y por consecuencia para él.

—Os veo muy satisfecho—le dijo.

—Sí, Don Alonso, por fin hemos triunfado.

—¿Cómo?

—Doña Blanca entrará mañana de novicia á hacer compañía á Sor Beatriz de Santiago.

—¡Es posible!—dijo Don Alonso palideciendo.

—La verdad pura.

—Entonces, ¿me permitireis que entre á felicitarla?

—No, Don Alonso, vale mas que no, ella parece que hace un gran sacrificio, y cualquier cosa seria para ella una burla, dejadla llorar sola, vale mas.

XIV.

Lo que pasó en las bodas de Luisa y de lo que le aconteció á la Sarmiento.

A la mañana siguiente Sor Beatriz recibia en el convento de Santa Teresa, á su ahijada Doña Blanca de Mejía, que entraba de novicia.

Doña Blanca deshecha en lágrimas contaba sus desgracias á Sor Beatriz que procuraba consolarla, pero que comprendia que en realidad solo el tiempo podia curar aquel pobre corazón.

Al mismo tiempo se celebraban las bodas de Luisa con Don Pedro, no se habian hecho grandes preparativos ni se habia convidado mucha gente, pero la casa de Mejía estaba sin embargo muy concurrida.

Eran aquellos dias las fiestas del Carnaval, y hombres y mugeres andaban en las calles con máscaras y antifaces haciendo lujosas y elegantes comparsas.

En aquellos tiempos el lujo en los vestidos, en los carruajes y en las casas era tal, que á decir de los historiadores y viajeros que concurrieron á México en aquella época, no habia ciudad que no pudiera envidiar en esto á la naciente capital

de la Nueva España; una inmensa cantidad de carrozas invadía las calles y los paseos en los días de fiesta, y con tanta magnificencia que los caballos tenían las herraduras de plata, y en sus guarniciones se usaba el oro, la plata y hasta las piedras mas preciosas.

La clase baja del pueblo vestía con tanto lujo, que un artesano no se distinguía en un día de fiesta de uno de los oficiales reales ó de un hidalgo rico.

Las fiestas del Carnaval eran libres y espléndidas, y en los días en que pasa nuestra historia, si bien no había bailes públicos, las calles, y los paseos y las casas particulares, estaban alegres y animadas.

La noticia del casamiento de la bella Luisa y de Don Pedro se esparció en la ciudad, y en la noche varias damas de todas clases comenzaron á llegar á la casa á felicitar á los nuevos esposos.

Don Pedro aparentaba una alegría que estaba muy lejos de sentir, y recibía á todos con muestras de cariño y de delicadeza, sentado al lado de Luisa que brillaba como un sol, cubierta de diamantes.

A la media noche se oyó un gran rumor en los patios y se precipitó por las escaleras arriba una comparsa de estudiantes, con sus panderos y sus guitarras, y con todos sus medios de hacer ruido y meter bulla.

Bailaban, cantaban, se entraban por todas las piezas riendo y enamorando á todas las criadas, y chanseando con todos los hombres y alborotándolo todo.

Uno de los estudiantes de elevada talla, se entró hasta una de las últimas piezas.

La Sarmiento dormitaba en un sitial porque había querido concurrir también á la boda de Luisa; en el gran desorden que reinaba en la casa de Mejía en aquella noche, ninguno

cuidaba sino de sí mismo, y la bruja cansada, se retiró á descansar un momento.

El estudiante la vió y comenzó á acercársele por detrás con precaucion, volviendo á todos lados la cara para ver si estaba solo. Nadie lo observaba.

Llegó hasta el lado de la Sarmiento que seguía durmiendo tranquilamente.

El estudiante tapó con su mano derecha herméticamente la boca y las narices de la bruja, y con la izquierda le sujetó la cabeza para que no pudiera moverse.

La bruja quiso levantarse y abrió los ojos espantados, sentía que le faltaba la vida, metió con angustia sus manos para apartar la del estudiante que la ahogaba, pero era imposible, aquellas manos y aquellos brazos parecían de acero.

La bruja se retorcia haciendo esfuerzos inauditos para desprenderse, sus ojos querían salirse de sus órbitas. La bruja se moría.

El estudiante acercó su boca al oído de la Sarmiento.

—Bruja infernal, tú mataste á mi amo Don Fernando y has hecho la desgracia de mi ama Doña Beatriz, me quisiste matar y yo te castigo.

Poco á poco fueron cesando la resistencia y los esfuerzos de la bruja hasta que se quedó inmóvil. Todavía Teodoro conservó su mano sobre la boca de la Sarmiento, hasta que al fin la retiró. La bruja había muerto, y el cadáver quedó en el sitial como si estuviera durmiendo.

Teodoro salió y se mezcló entre la turba de los bailadores.

Uno de los otros estudiantes se acercó á él, y le dijo muy quedo.

—¿Ya nos vamos?

—Ya—contestó Teodoro.

El estudiante que le había hablado dió un silbido con un

pito de oro que colgaba de su cuello y luego toda la estudian-
tina sa rodeó de él y se organizó como una tropa á cuya ca-
beza iba el que habia silbado.

Así se dirigieron hasta el estrado principal en que estaba
Don Pedro con su esposa, rodeado de las principales damas y
caballeros de la reunion.

Los estudiantes se colocaron frente á los nuevos esposos,
tocando y cantando alegres endechas. Todo el mundo reia y
palmoteaba.

De repente pitos y panderos y cantos cesaron como por
encanto, y el estudiante que hacia de jefe se dirigió cortese-
mente á Don Pedro para dirigirle, á lo que parecia, una arenga.

Como todo lo gracioso se esperaba de aquella comparsa, aun
de los otros salones llegó gente para escuchar.

El aposento estaba lleno. Todos los estudiantes tenian la
mano derecha metida en la abertura del pecho de su ropilla.

—«Señor Don Pedro de Mejía, muy señor nuestro»—dijo
el estudiante haciendo una ridícula caravana que hizo reir á
todo el mundo—«Esta estudiantil comparsa que con mano firme
dirijo y guio, me comisiona para felicitaros por la eleccion
de una esposa que llamarse puede, bella entre las bellas, y se
huelga de ver elevada á vuestro tálamo á la hermosísima Lui-
sa esclava de Don José de Abalabide, que confiscada por el
Santo Oficio con todos los bienes de su amo, huyó á pasar co-
mo muger de Don Manuel de la Sosa á quien envenenó; á la
preciosa querida de Don Carlos de Arellano, de cuyo lecho
ha huido para venir á daros su mano; á la compañera de la
bruja Sarmiento por muchos años.»

—Por muchos años— repitió la comparsa.

La concurrencia estaba atónita y nadie se atrevia á hablar.
Don Pedro hizo un impulso para lanzarse sobre el estudiante,
pero en aquel momento todos ellos sacaron de dentro de sus

ropillas un puñal, y aquella falanje de cuarenta hombres, to-
dos decididos, atravesó poco á poco en medio de la concurren-
cia, llevando todos en la mano el puñal desnudo.

El que cubria la retaguardia era Teodoro.

El que habia hablado era Martin. Nadie les habia conocido.

Luisa habia quedado desmayada de rabia y de vergüenza
en el estrado.

La comparsa de los estudiantes, seguida al principio por al-
gunos curiosos, se perdió por fin en las calles oscuras y tor-
tuosas de los barrios fuera de la traza.

Don Pedro de Mejía hubiera dado cualquier dinero por en-
mudecer las cien lenguas que salieron por todas partes á pre-
dicar el acontecimiento de la casa; pero era mas fácil aprisio-
nar el viento, y guardar en sus cofres un rayo de la luz del
sol, que cortar el escándalo.

La concurrencia fué desapareciendo poco á poco, y como
por encanto, y á poco tiempo, no quedaban en los salones mas
que Luisa sentada en un sitial con la cara oculta entre sus ma-
nos, y Don Pedro paseándose en el mismo aposento con aire
triste y meditabundo

Las bujías alumbraban aún con todo su esplendor los de-
siertos salones, y los lacayos y los esclavos temerosos no se
atrevian á apagar aquellas luces, por temor de que estallase la
tempestad que presentian. Nadie ignoraba lo que acababa allí
de acontecer, y por eso reinaba en la casa el mas profundo si-
lencio; nadie osaba decir una palabra ni atrevesar siquiera por
un salon; parecia como que el dueño de aquella casa habia
muerto repentinamente, y se hacia el duelo á su honor, á su
reputacion y á su felicidad.

Don Pedro comprendia que iba á ser en lo de adelante el ludi-
brio de la ciudad, y á verse espuesto á la vergüenza de que le
reclamara el Santo Oficio á su esposa, como esclava fugitiva.

Luisa conocia que su secreto estaba ya á la merced del vulgo: temblaba al considerar que la Inquisicion la arrebataria del lugar á que habia llegado, á fuerza de constancia y de trabajo, y sentia contra Teodoro un odio tan grande, que no es para descrito.

Por otra parte, no era ya la muger ni la viuda del débil Don Manuel de la Sosa; pertenecia al terrible Don Pedro de Mejía, y su enojo la espantaba. Una vez dado el escándalo, ¿qué podia contener á su marido? Nada.

Don Pedro sombrío, seguia paseándose, y Luisa permanecia con la cabeza reclinada en sus manos; sus collares, sus pendientes y sus tembeques de brillantes, formaban como una cascada de luz entre sus negros cabellos, y sobre su bellissimo y torneado cuello.

De repente Luisa se paró, sin hacer el menor ruido, y se arrojó á los piés de Don Pedro exclamando:

—¡Perdon!

Don Pedro se detuvo, la miró con los ojos encendidos y como despidiendo llamas de furor, hizo intencion de hablar, llevó la mano al puño de oro guarnecido de piedras preciosas de su espadin, y luego sacudiendo la cabeza siguió con sus meditados paseos, procurando evitar el contacto con Luisa, que se habia quedado arrodillada en el mismo lugar.

—¡Perdon, esposo mio!—volvió á esclamar aquella muger á poco rato, abrazando una de las piernas de su marido.

—¿Vuestro esposo?—rugió, por decirlo así, Don Pedro—que el cielo me contenga, porque al oiros decir esa palabra, con ánimo me siento de atravesaros con mi estoque el corazon.

—¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

—Soltad, señora, soltad, que me ahoga la indignacion.

—No, no, perdonadme.

—¡Suéltame esclava vill! Sal de esta casa.....

—¡Don Pedro, por Dios!

—Suéltame.....

—¡Por Dios!—repetia Luisa arrastrándose de rodillas por el pavimento y siguiendo á Don Pedro que hacia esfuerzos terribles para deshacerse de ella.

—¡No me sueltas! Pues bien, morirás, que harto escándalo somos ya los dos en esta tierra.

Don Pedro tiró de su espadin, pero Luisa le asió la mano, y comenzaron entre los dos una lucha horrorosa. Mejía habia perdido ya enteramente la cabeza con el furor, y la excitacion que le causaba la resistencia de aquella muger.

—Piedad! ah! piedad! Don Pedro, no me mateis, no por Dios, me iré, me iré.

—No, no; ya no quiero que te vayas, ya no, quiero que mueras, y morirás.

El espadin salió por fin de la vaina, y Luisa lanzó un grito de angustia al verlo brillar á la luz de las bujías; en aquel momento una multitud de lacayos y esclavos invadió el salon gritando:

—Señor, señor.

—¿Qué hay?—dijo Don Pedro reportándose, y procurando impedir que los criados viesen el estoque desnudo—¿por qué entráis todos aquí sin mi permiso?

—Señor—dijo uno de los lacayos—hemos encontrado en uno de los aposentos interiores á una muger muerta.

—¡Cómo!—esclamó Don Pedro—¿quién es ella?

—Una anciana.

—¡Ah! la maldicion de Dios ha venido á mi casa con esta muger—dijo Don Pedro, y luego dirigiéndose á su mayordomo agregó—Tirol, á esa señora la echas en este momento á la calle, ¿lo oyes? en este momento, porque si no, no seré capaz de contenerme y la mataré.

—¡Señor!—dijo el mayordomo.
 —Obedece—esclamó fieramente Don Pedro.
 Luisa se levantó y comenzó á seguir humilde y resignada á Tirol, pensando que no tenia mas recurso que la casa de la Sarmiento.
 En el instante en que salia oyó á un lacayo decir á Don Pedro.

—Aquí está la muerta.
 Luisa volvió la cara y reconoció el cadáver de la bruja.
 —¡Jesus, Hijo de David!—esclamó vacilando y apoyándose en el hombro de Tirol.

—Vamos pronto, señora—dijo con altivez el mayordomo, retirándose un poco para que Luisa no se apoyase en él.

Llegaron al zaguan de la calle que abrió el mismo Tirol. Luisa se detuvo un momento, pero el mayordomo la empujó hasta afuera con tal violencia, que fué tropezando hasta la mitad de la calle.

Desde allí se descubrian los balcones de la que estaba dispuesta recámara nupcial, profusamente iluminada.

Luisa estaba sola en medio de la noche, en una calle desierta, y vestida de baile y cubierta de joyas.

Entonces le volvió su antigua resolucion, miró á los balcones por última vez y echó á andar esclamando con una voz ronca.

—Yo me vengaré.....

A los dos dias de este acontecimiento tomaba solemnemente el hábito de novicia en el convento de Santa Teresa, Doña Blanca de Mejía.

LIBRO TERCERO.

MONJA Y CASADA.

I.

De lo que habla acontecido en la Nueva España desde el dia que dejamos esta historia hasta el dia en que volvemos á tomarla.

ESTAMOS en el año de 1623.
 El virey Don Diego Fernandez de Córdoba habia pasado á gobernar el Perú, cosa que en aquellos tiempos se tenia como ascenso en la carrera pública, por lo mas pingüe de aquel vireinato en que se gozaban treinta mil ducados de sueldo, es decir, diez y seis mil quinientos pesos, y la Nueva España era un vireinato de veinte mil, que hacen diez mil quinientos.

Felipe III habia enviado al marqués de Guadalcazar al Perú, á pesar de las muchas acusaciones de sus enemigos, y habia dejado para que gobernase la Nueva España con arreglo á la ley, á la real Audiencia.

Felipe IV que heredó la corona de España por muerte de su padre Felipe III, desde el 21 de Marzo de 1621, envió á